

llégase á Beith-Sahour, Aldea de los Pastores, llamada así, por creerse haber sido morada de aquellos afortunados zagales que merecieron les anunciase un ángel el nacimiento del Niño-Dios y que fueron los primeros que tuvieron la dicha inefable de adorarle en el humilde lecho del pesebre. Beit-Sahour está situada en lo bajo de una pequeña y pedregosa colina, y cuenta como unos 600 habitantes, de los cuales pocos más de 100 son católicos, muy exactos observadores de sus deberes religiosos. Continuando descendiendo, vése desplegarse á la vista un verde y extenso campo: es el de Booz, el más bello y fecundo de cuantos rodean á Belén, y el más rico, y asimismo, en recuerdos históricos. Aquí fué donde Jacob, encantado de la abundancia y salubridad de sus pastos, fijó sus tiendas cuando volvía de la Mesopotamia, y en donde permaneció hasta que fué á unirse con su padre en Mambré. Acampó cerca de un lugar llamado en hebreo Ader, que traduce San Gerónimo, Torre del Rebaño. Aquí también tuvo lugar la historia de Ruth, gracioso drama pastoril que rivaliza y aun supera con ventajas como la verdad á la ficción, las églogas del cantor de Eneas. La joven y hermosa moabita, siguiendo los consejos de Noemi, su suegra, fué á postrarse á los pies de Booz mientras dormía junto á sus segadores, rogándole, que, pues era su pariente, la tomase por esposa. Así se verificó; y de esta alianza nació Obed, padre de Jessé que lo fué de David.

Para todos estos recuerdos del Antiguo Testamento palidecen ante el sólo hecho evangélico que este campo recuerda, y cuya notoriedad es tan grande que es conocido en el universo entero. Aquí es en donde los pastores de la Judea oyeron la voz del ángel que les anunciaba la buena nueva del nacimiento de Cristo; aquí donde resonó el sublime cántico de la milicia celestial: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad!» Pregúntese á las gentes del país en dónde se hallaba la Torre del Rebaño, el campo de Booz, el sitio en donde Jacob fijó sus tiendas, aquel en donde Ruth recogía las espigas de los segadores..., todos arquearán las cejas y nadie sabrá dar razón. Pero, en cambio, que en dónde está el lugar en que se aparecieron los ángeles á los pastores, y todos, aun los turcos, y hasta los niños que apenas saben hablar lo mostrarán con el dedo.

El sitio que recuerda tan consolador misterio, fué honrado con una iglesia dedicada á los Santos Angeles; á cuyo lado se edificó un monasterio en donde el célebre Casiano y sus monjes dieron al mundo el sublime espectáculo de la perfección evangélica. ¿Qué cuadro tan bello ofrecía esta verde campiña á aquellos insignes cenobitas, y cómo les

estimularía á la tierna meditación de la manifestación divina que traía al mundo decaído las deslumbradoras perspectivas de la paz y de la dicha. Pero ¡ay! de la iglesia y del convento no queda otra cosa que informes ruinas. En medio de ellas, sin embargo, existe una abertura que da entrada á la antigua cripta, á donde se descende por una escalera de veintiún gradas. En llegando abajo, los peregrinos se postran en tierra con devoción, se encienden sobre el altar gruesos cirios traídos de Belén, y el padre cura canta el Evangelio referente á aquel lugar. Este santuario tendrá como unos treinta pasos de circunferencia, y en medio se ven todavía algunos vestigios de mosaicos. Es, sin contradicción, la capilla más desaseada que hemos visto en Palestina. Encontraréis allí horriblos popes pordioseros, que os reclamarán algunos menudas monedas en precio de no sé qué servicios, ocultándose en seguida á vuestras miradas. Un sacerdote griego tiene la llave de este santuario, que hasta hace más de medio siglo perteneció á los Franciscanos con todos los terrenos que la rodean y que ellos cubrieron de olivos. Los griegos, poco escrupulosos en esta materia, se lo usurparon en 1818, y gozan de todo impunemente. Los hijos de San Francisco sembraron, y los fementidos secuaces de Focio recogen el fruto de sus trabajos.

Como se pasa la solemnidad del Nacimiento, así se pasa las fiestas siguientes al pie del Pesebre, contemplando la sacratísima humanidad de Jesús, con la que parece contraer una intimidad, que sería en lo sucesivo la luz y el gozo de nuestra existencia. El día de los inocentes es un día de extraordinaria emoción y de indeleble recuerdo. La iglesia ha destinado un día y un oficio especial para honrar en todo el mundo á estas primicias de los mártires, á estas primeras flores del Cielo. En Belén es fiesta de obligación; de ahí es que todos los trabajos se suspenden como en las más grandes solemnidades. Entre las capillas adyacentes á la Santa Gruta, se halla la de los Santos Inocentes, del dominio exclusivo de los Padres Franciscanos. Sobre el altar, iluminado por la temblorosa luz de las lámparas, hay un cuadro que representa la desgarradora escena de la matanza ordenada por el impio Herodes. Debajo existe una pequeña puerta de hierro religiosamente sellada, que sólo se abre el 28 de diciembre, fiesta de estas tiernas víctimas; cierra una irregular y misteriosa cueva que lleva el nombre de sepulcro de los Inocentes. Aquí es donde las betlemitanas vinieron á ocultar sus hijos para sustraerlos del edicto cruel del monstruo coronado que, á fin de inmolar el Rey anunciado por los profetas, hizo perecer todos los niños del sexo masculino, de Belén y sus alrededores, menores de dos años; aquí es donde también los descubrieron los soldados y les

dieron muerte en los mismos brazos de sus madres; aquí, finalmente, donde fueron sepultados, no lejos del establo de Aquel por quien morían. Bajo la impresión de un drama tan sangriento, nos parecía oír los llantos y sollozos de estas llorosas Raqueles, cuyo dolor excesivo sólo el Obispo de Hipona podía expresar. Oigamos su tierna elegía:

«Nace el Mesías, y el cielo se regocija de su nacimiento y los ángeles cantan el Hossanna de la paz; pero la tierra se llena de llanto porque las que concibieron, ven con desesperación que se les arrebatan sus tiernos pequeñuelos. Víctimas inocentes ofrecidas á Dios que vino á condenar la malicia de los hombres, estos corderillos son sacrificados al Cordero Divino que llevará sobre la cruz los pecados del mundo, y como El mueren sin lamentarse. ¡Martirio inaudito, cruel espectáculo! Porque ni ellos, ni el Rey recién nacido han hecho mal á nadie... pero la envidia y la crueldad se han apoderado del alma del tirano, y la cólera le ha hecho empuñar el cuchillo exterminador. Pero, dirijamos nuestra mirada sobre las pobres madres que gimen sin consuelo por la pérdida de sus amantes hijos; escuchemos con atención los gritos y los lamentos que se oyen en Rama. En vano las infortunadas tratan por todos los medios de ocultarlos, pues ellos mismos se descubren porque todavía no han aprendido á temer. Agarra el verdugo al niño de los brazos maternales que le estrechan; pero, lucha inútil: la madre es vencida...—¿Por qué grita la desgraciada?—Porque me quitas el fruto de mis entrañas, el último vástago, mi única esperanza. Hace aun pocos días que sus ojos se han abierto á la luz del mundo, y tú quieres ya precipitarle en las sombras de la muerte? ¿por qué no inmolas á la madre con el hijo? ¡Oh, monstruo! ¿Qué es lo que buscas? Por uno solo matas á millares, y á pesar de esto, se te escapará, porque no podrás poner tu mano sobre el Ungido del Señor. Ven, pues, Salvador del mundo, ten piedad de nosotras. ¿Por qué te haces esperar?... Que te vea el verdugo y cesará de correr la sangre de nuestros hijos!...»

La Gruta del Nacimiento abriga, no solamente á los pastores y los Inocentes, sino también á los Reyes Magos. En medio de sus sabias contemplaciones del firmamento, habían distinguido y seguido después con empeño la estrella que era para ellos la señal del llamamiento de Dios. Me representaba yo á estos reyes, ricamente vestidos, con las manos llenas de presentes, inclinando sus frentes coronadas ante la humilde cuna del Niño-Dios, y consiguiendo, mediante este divino contacto, la confirmación de su fe y la prenda de su eterna predestinación. La Epifanía es para los betlemitas, lo que la Pascua para los jerosolimitanos, es decir, la fiesta por excelencia. Las ceremonias sagra-

das son presididas por el Rmo. Custodio. La majestad con que las acompaña, y su noble cabeza bajo la mitra, le dan un aire de grandeza que infunde respeto. El concurso de indígenas es enorme. Hay también muchos extranjeros de diferentes partes del mundo, como para figurar la gentilidad llamada en este día en la persona de los magos al conocimiento del verdadero Dios. Al terminar la última Misa, celebrada en la cripta, fué vuelto el Niño Jesús procesionalmente á la iglesia superior con la misma pompa que se desplegó al bajarle en la noche de Navidad.

Este acto es el que termina las grandes solemnidades del Nacimiento. Después de haberse confortado los peregrinos con la comida del convento, dejan á Belén y parten para Jerusalén ó á su respectiva patria, llevando el alma impregnada, por decirlo así, de los más dulces recuerdos.

De Belén era el joven levita que fué bien recibido de Michas á quien sirvió de sacerdote, y que luego con los hijos de Dan llevándose las preciosidades del mismo Michas. En aquellos días no había rey en Israel, sino que cada cual practicaba lo que le parecía mejor. Hubo también en este tiempo un joven, llamado Jonatham, natural de Belén, el cual abandonando su pueblo natal, quiso marcharse á otra parte donde hallase mejor la conveniencia. Siguiendo su camino llegó á la mañana en Ephraim y desvióse un poco hacia la casa de Michas, y le preguntó éste de dónde venía. A lo que respondió: «Yo soy un levita de Belén de Judá, y voy á establecerme donde pudiere y me fuere más conveniente.» Dijole Michas que se quedara en su casa para servirle de sacerdote. Condescendió y quedóse en casa de Michas quien le trató como á uno de sus hijos.

Michas le consagró las manos, y tuvo á este joven en su casa en calidad de sacerdote, diciendo: «Ahora estoy cierto que Dios me hará bien, pues tengo conmigo un sacerdote de linaje de Leví.»

La tribu de Dan andaba buscando más tierra que habitar; porque todavía no había podido poseer todo lo que le había tocado por suerte como á las demás tribus. A este fin los hijos de Dan despacharon desde Saraa y Eltahol cinco varones muy esforzados de su linaje y familia, para que reconociesen y registrasen bien el país, y dijéronles: «Id y reconoced la tierra.» Puestos aquéllos en camino, al llegar á la montaña de Ephraim, entraron en casa de Michas, y descansaron allí. Por el acento conocieron al joven Levita en la casa en que estaban hospedados y le dijeron: «¿Quién te ha traído aquí? ¿qué es lo que haces aquí? ¿cómo es que hayas venido á esta tierra?» Respondióles Jonathan:

«Michas me tiene asalariado para que sea su sacerdote.» Rogáronle entonces que consultara al Señor para que pudieran saber si su viaje sería feliz, y si llegaría á efectuarse su empresa.

«Id en paz, les respondió, que Dios mira con buenos ojos vuestro designio y el camino que lleváis.»

Partieron de allí los cinco exploradores y llegaron á Lais; y vieron que aquel pueblo vivía sin sombra de recelo, como acostumbran vivir los sidonios, tranquilo y sosegado, sin que nadie le molestara, rico en extremo y distante de Sidón, y apartado de todos los demás hombres. Visto esto por los exploradores y dada cuenta de su comisión á sus hermanos de Saraa y Esthaol, dijeron: «Vamos y mandaremos contra ellos; hemos visto ser su país opulento y fértil; no os descuidéis ni perdáis tiempo: vamos á ocuparle que no nos costará trabajo alguno, pues vive en total confianza, y el Señor nos entregará este país espaciosísimo, donde nada falta de cuanto produce la tierra.» Partieron, pues, seiscientos hombres armados y á punto de pelear, de la tribu de Dan, ó sea, de Saraa y Esthaol. Después de haber hecho alto en Cariathiarim, de la tribu de Judá, llamado desde entonces campamento de Dan, dirigieronse á la montaña de Ephraim, á la casa de Michas. Los cinco exploradores dijeron entonces á sus compañeros: «Ya sabéis que en esta casa hay Epleod y Theraphim y un simulacro de tabla y de fundición: ved sobre esto lo que queréis hacer.» Retirándose de sus compañeros entraron en la habitación del joven Levita, saludándole amistosamente. Entre tanto los seiscientos hombres armados pusieronse ante la puerta; y pronto salieron los que habían entrado en la vivienda del joven llevándose la estatua de talla, el Epleod, los ídolos, y la imagen de fundición, y dijoles el sacerdote: «¿Qué es lo que hacéis?» Respondieronle: «Pon el dedo en su boca y ven con nosotros, que te tendremos por padre y sacerdote. ¿Qué es mejor para tí, ser sacerdote en casa de un particular ó en toda una tribu y familia de Israel?» Convencieron al joven tales razones y tomando el Epleod, los ídolos y la estatua, fuese con ellos. Siguiendo su camino, con los niños y ganados delante y todo el bagaje más precioso, ya lejos de la casa de Michas, los moradores de ésta se alborotaron y fueron tras ellos dando gritos desaforados. Volviéndose algunos de éstos dijeron á Michas: «Por qué gritas? ¿que es lo que quieres?» Respondió él: «¿Es bueno que me hayáis robado los dioses que yo hice para mí, y al sacerdote y todo cuanto tengo y decís: ¿Qué es lo que tienes?» Replicáronle los hijos de Dan aconsejándole el silencio para que no muriese en manos de los hombres llenos de indignación. Prosiguieron su camino, resignándose Michas, viendo que podían más que él.

El joven Levita, hijo de la ciudad de Bela, se fué como sacerdote con los hijos de Dan.

También lo era la desgraciada esposa del Levita de Ephraim, cuyo cuerpo fué dividido en doce trozos y enviado á las tribus de Israel. Veamos lo que nos dicen los libros sagrados; de ello nos habla el libro de los Jueces.

Cierto Levita que habitaba al lado de la montaña de Ephraim se había casado con una mujer de Belén. Esta mujer le abandonó y volvió á Belén á la casa de su padre, donde permaneció cuatro meses. Su marido, queriendo reconciliarse con ella, fué á buscarla y acariciarla para traérsela otra vez consigo. Fué bien recibido por su mujer, quien le condujo á casa de su padre. Así que tuvo su suegro noticia de su llegada salió á recibirle lleno de júbilo, y le abrazó. El yerno permaneció en casa del suegro tres días, bebiendo y comiendo con él familiarmente. Al cuarto día levantóse antes de amanecer y quiso partir, pero detúvose el suegro y le dijo: «Toma primero un bocado de pan para adquirir fuerzas y después partirás.» Sentáronse juntos, y comieron y bebieron y rogóle el suegro que se quedara aquel día para pasarlo alegremente; pero levantándose el yerno, púsose en acción de marcharse. Con todo á fuerza de las instancias de su suegro se detuvo. Al día siguiente aconteció lo mismo, mas no quiso el yerno condescender á los ruegos, sino que al punto se puso en camino con su esposa y llegó hasta enfrente de Jebus, que por otro nombre se llama Jerusalén. Ya estaba cerca de Jebus y el sol estaba ya muy inclinado al ocaso, por lo que le dijo su criado: «Ven por tu vida, torzamos el camino hacia la ciudad de los Jabuseos, y paremos en ella.» A lo que respondió el amo: «No entraré yo en población de gente extraña, que no es de los hijos de Israel, (habíanse apoderado nuevamente de esta ciudad los Jabuseos, que la retuvieron hasta el tiempo de David), sino que me dirigiré á Gabaa, y allá reposaremos, ó á lo menos en la ciudad de Rama.»

Pasaron pues de largo la ciudad de Jebus, continuando su viaje, y les alcanzó la noche cerca de Gabaa, de la tribu de Benjamín, y allí se acogieron. Así que entraron dirigieronse á la plaza de la ciudad, y allí descansaron. No hubo uno siquiera que quisiera hospedarles en su casa. En la plaza los encontró un anciano que volvía del campo y de su labranza, quien era también de la montaña de Ephraim y vivía como forastero en Gabaa y le preguntó: «¿De dónde vienes, y á dónde te diriges?» Respondióle: «Venimos de Belén de Judá, y vamos á nuestra casa que está al lado de la montaña de Ephraim, y ahora pasamos á la Casa de Dios, (á Silo, donde estaba el Tabernáculo, y el Arca del Señor),